



A flor de piel



↓
12



www.ugt.cat

A flor de piel

Edición: Secretaria de Política Sindical - Salut Laboral

UGT Catalunya

Redacción, diseño y corrección: l'Apòstrof, sccl

Impresión: Artyplan

Dipòsito Legal:

“Se ha vuelto a poner colonia. La suegra se ha vuelto a poner colonia. Seguro que lo ha hecho aposta.” A Aliou, la colonia de su suegra le provoca mareos y dolores de cabeza. Ya le han dicho a Mariola que no se ponga, pero siempre que los visita se presenta perfumada. “Es que mi madre es mayor y se olvida de las cosas”, se excusa, avergonzada, Violeta. “Es que soy negro y no me acepta”, sostiene Aliou. Sabe que no es verdad, pero hoy no se encuentra bien y está de mal humor.

A Aliou le entran náuseas cuando su suegra se acerca a saludarle. No es ella, sino su perfume. Lo mismo le pasa con la tinta de los periódicos: su olor le enferma. “Tienes sensibilidad química múltiple”, sentenció el médico hace tres semanas, después de someterse a una maratón de pruebas y de visitarse por numerosos especialistas. “Es irreversible.” Además de los mareos, las migrañas y la sensación de pérdida de fuerza y de equilibrio, el peor efecto de la enfermedad es la disminución de su autoestima: desde que le confirmaron el diagnóstico, Aliou tiene la autoestima de la medida de un caracol.

Mariola aprieta la mano de Aliou y este, de reojo, mira a su mujer. “Mi madre es una mujer chapada a la antigua y no le gusta dar besos. A mí me los da al aire, no te pienses”, murmura Violeta al ver la cara de disgusto de su marido. Aliou acaricia el pelo de Violeta y le murmura “guapa”. Hoy es un día especial y no quiere discutir con su suegra: Mariola ha venido a conocer a su primera nieta, Rita.

—Con vuestro permiso, iré a dar una vuelta. Prescripción médica. Además, seguro que tenéis que hablar de muchas cosas.

—No, Aliou, quédate con nosotras...

—¡Déjale que salga y se desahogue, mujer!

—Me voy a dar una vuelta al parque. En una hora u hora y media estaré aquí.

A Aliou le gusta vivir en Canyelles. Aunque no es el barrio más céntrico de la ciudad, es donde se respira mejor. Para él, es un consuelo y un privilegio tener Collserola tan cerca de casa: hace que se olvide del estrés de la metrópolis y de las preocupaciones. Le relaja. Desde que le dieron la baja, hace ocho meses, no ha dejado de ir ningún día.

Once de la mañana. A esas horas, si estuviera en Les Punxes, estaría regando sus fresas. Sus fresas. ¡Cómo le gustaban! Lo peor de Les Punxes era llegar: desde su barrio hasta la plantación tardaba más de hora y media. Primero el metro, después tres cuartos de hora en tren hasta Sant Pol y, una vez allí, pedalear diez minutos por una buena cuesta.

Les Punxes era su segunda casa. El trabajo era más bien duro, pero a Aliou le gustaba sudar y ensuciarse con el abono y administrar los fertilizantes y mojarse mientras regaba. Le recordaban su ciudad, Ziguinchor, allí en la Casamance, y su infancia al lado de su madre, con sus hermanos pequeños, los mangos, las piñas y las papayas. “Las fresas son la alegría de la huerta”, pensó Aliou cuando llegó a Les Punxes y vio por primera vez las matas de fresas. Tenía sólo 22 años. Han pasado nueve.

En época de cosecha, todos los trabajadores de Les Punxes podían llevarse cajas de fruta a casa.



Aliou y Violeta pasaban muchas noches hartándose de fresas. Siempre que consumían, decían lo mismo: “La fresa no cansa. El plátano, en cambio, empalaga. Y el melón también. Pero la fresa no. La fresa es perfecta”. Algún día especial, Violeta compraba nata. Y merendaban, o comían de postre, fresas con nata. Las comían siempre con las manos. Y se las daban uno al otro. Se lamían los dedos mutuamente. A Violeta, le gustaba contemplar el contraste de las manos negras de su novio con el rojo de la fresa. “La combinación es perfecta”, le repetía cada vez que hacían el ritual de la nata.

Antes, las fresas eran el *leitmotiv* de la relación. Aliou piensa en ello todos los días. Siempre que hacían apuestas, se jugaban lo mismo: “Una semana alimentándonos solamente de fresas”. Una vez lo hicieron. En siete días, ingirieron 13 kilos de fresas y un bote de nata. Ahora es diferente. Ahora hablar de fresas casi está prohibido. Desde que Aliou no trabaja, no ha entrado ninguna fresa en casa. Violeta ya no trae, aunque le gusten, por no recordarle el accidente.

El accidente. ¿Por qué nadie de Les Punxes le explicó los riesgos de los productos fitosanitarios? En Les Punxes, los pesticidas se utilizaban tranquilamente, como si fueran agua. Ningún técnico de prevención de riesgos laborales, ningún inspector había visitado nunca el invernadero, ni había comentado a los trabajadores las medidas de prevención que tenían que seguir. Según afirmó un médico, si Aliou hubiera utilizado mascarilla, seguramente el aerosol no habría penetrado en sus pulmones ni en la sangre. O si se hubiera puesto guantes, el líquido tóxico no habría entrado en su cuerpo por los poros de la piel.

El accidente. Aliou sólo recuerda el desmayo. Aquel día hacía mucho calor. Había pasado toda la mañana intentando eliminar los hongos de las fresas con pesticidas. La semana anterior les había aplicado un tratamiento, pero no había funcionado. Según los médicos, Aliou sufrió una intoxicación severa y por eso se desmayó. Estuvo tres días ingresado en el hospital, porque se ahogaba. Cuando salió, pensó que con el tiempo se recuperaría. Que el dolor de cabeza intenso desaparecería. Que las rampas en las manos se le irían. Que volvería a dormir como siempre y adiós al insomnio. Pero transcurrieron los días y las semanas, y Aliou cada vez estaba más desesperado y triste. Entonces, empezó el periplo de médicos, mutuas y hospitales.

El médico de la mutua le leyó la sentencia: “De acuerdo con las características que describes de tu puesto de trabajo y el resultado de las pruebas, hace mucho tiempo que estás expuesto de manera constante a productos químicos, quizás a dosis no demasiado altas, pero suficientes para producir alteraciones serias en tu cuerpo. Esta exposición constante es la responsable de que hayas desarrollado sensibilidad química múltiple. A partir de ahora, te tendrás que cuidar. Te tendrás que cuidar mucho. Tendrás que cambiar tus hábitos. Y olvídate de trabajar como hasta ahora”.

Olvídate de trabajar. Olvídate de trabajar. Las palabras del médico lo fulminaron. El doctor añadió que las alteraciones en el organismo eran irreversibles y que lo único que podía hacer era evitar el contacto con las sustancias que le desencadenaban el malestar. A partir de aquí, viviría temporadas más plácidas y temporadas más críticas.



Esta mañana el parque de Collserola está muy tranquilo. Más que un parque, Aliou tiene la sensación de encontrarse en medio de una gran montaña. “Mejor el medio natural que el urbano. Mejor los árboles que el asfalto”, le recomendó también el facultativo. Se sienta en un banco, cierra los ojos y disfruta del calor del sol en el rostro. Piensa en cómo sería su vida si no hubiera tenido el accidente.

Aliou daba por seguro que pasaría sus días al lado de Violeta y al lado de las fresas. En Les Punxes estaban especializados en la variedad pájaro, la más dulce, la más buena y la más sabrosa de las que se dan en el Maresme. El cultivo en Les Punxes estaba muy poco mecanizado. Cultivaban las fresas dentro de unos túneles de plástico blanco en la parte superior y de plástico negro en la inferior. De esa manera, ayudaban a la planta a florecer y evitaban que se perdiera agua. El riego era gota a gota. La producción, la llevaban a la cooperativa, que se encargaba de comercializar la fresa por todas las poblaciones del Maresme y de fuera de la comarca. A Aliou le gustaba su trabajo y el trato que tenía con todo el mundo. Pero en los últimos años las fresas se llenaban de hongos y de ácaros. Y eliminarlos era un problema. Habían intentado erradicarlos de manera natural, pero después de muchos intentos fallidos habían tenido que recurrir a los pesticidas.

Su mejor amigo, Samuel, le explicó ayer, cuando vino a ver a Rita, que desde que el día que Aliou se desmayó, los dueños de Les Punxes se han puesto las pilas en prevención de riesgos. Ahora, todos los trabajadores han recibido una formación específica sobre el uso de los productos fitosani-

tarios y tienen un carnet que acredita sus conocimientos. Ahora se utilizan otros productos en la plantación: son más caros, pero también menos tóxicos, y se compran en unos establecimientos especializados. Ahora, cada trabajador va con un equipo de protección que consta de mono, botas, mascarilla, guantes y gafas. Además, han construido un almacén para guardar los pesticidas y el resto de productos químicos que siempre está ventilado; dentro están los extintores y un rótulo que dice “Prohibido fumar”, y fuera han colgado un cartel con una calavera y la palabra “Peligro”. Todos los utensilios que utilizan para administrar los fitosanitarios –cubos, básculas o medidores– están muy bien señalizados y, para limpiarlos, siguen un protocolo muy estricto. Y también tienen otro para la gestión de residuos; ya no los llevan al vertedero, como habían hecho siempre. “Es que antes, cuando estabas tú, aquello era un desmadre”, le comentó Samuel con la niña en brazos. “¿Te acuerdas de la sala polivalente que teníamos? Allá comíamos, nos cambiábamos de ropa, fumábamos, jugábamos a cartas y guardábamos los químicos. ¡Una locura! Ahora está prohibido hacer todo eso. Dicen que fue un milagro que no nos pasara nada.”

Samuel también es senegalés. Él y Aliou se conocieron en Les Punxes. Entre ellos, hablan en diola. Durante siete años, compartieron piso en Santa Susanna. Todos los días, iban a Les Punxes en bici. Se pusieron fuertes. Después, Aliou conoció a Violeta y se trasladó a Barcelona. Violeta vivía en un piso grande y antiguo del barrio de Canyelles, en Nou Barris. Era de su abuela y no tenía que pagar alquiler. Para Aliou, vivir en Nou Barris suponía levantarse más temprano por la mañana y llegar más tarde por la noche. Pero le

compensaba. Vivir con Violeta y en un piso tan bonito bien valía las más de tres horas diarias que destinaba a los desplazamientos.

Ahora que no trabaja, Aliou echa de menos a Samuel. Aliou piensa en él todas las mañanas, cuando sale a pasear por Collserola. Antes, se veían cada día; ahora, en cambio, solo algunos fines de semana. Ayer, cuando vino a verles, tuvo una alegría. A su amigo le cayó la baba cuando conoció a Rita. Aliou le pidió que fuera su padrino. Samuel se emocionó. “¡Kasumay, Rita! Kasumay, preciosa”, pronunció en castellano-diola.

Aliou se pone unas gafas de sol y se levanta del banco. Después del paseo, pasará por una tienda y comprará una gorra a Rita. Ahora que ya es primavera, el sol empieza a picar y la niña tiene que estar bien protegida. Rita es su esperanza. Gracias a ella, espera salir del pozo donde ha caído desde que le diagnosticaron la enfermedad. La niña será un estímulo, está seguro de eso. A ratos, Aliou se siente un inútil. Un estorbo. Y con la autoestima de la medida de un caracol. O de una fresa. Pero a ratos también se siente privilegiado porque vive con las personas que más quiere. Quizá este verano irán todos a Ziguinchor. Aliou quiere presentar a Rita a su madre y hermanos. Se volverán locos de alegría.

Ayer Samuel le dijo que él y Rita eran clavados. Y lo dijo contento. Muy diferente del tono que ha utilizado esta mañana la suegra cuando ha visto a la niña por primera vez: “Es oscurita. Ha salido a él”. Oscurita, es decir, mulata. A él, o sea, a Aliou. A pesar del comentario, Mariola ha cogido a Rita en brazos, se la ha comido a besos

y ha estado dos largos minutos mirándola y diciéndole “guapa, guapa, guapa”.

Hace mucho sol. Aliou busca una sombra en el parque. Hay muchas. Desde que le diagnosticaron la sensibilidad química múltiple, echa de menos hacer natación. Ahora ya no va, porque no tolera el cloro. Provoca que se ahogue, que le cueste respirar. Al principio de estar de baja, iba muy a menudo a la piscina; le servía para desconectar. Pero cada día se encontraba peor y un día tuvo una crisis. Primero le dieron cortisona y después le encontraron que tenía un problema en la glándula tiroides: “Tienes hipotiroidismo”. Desde entonces se medica. También al principio le dijeron que su enfermedad era psicósomática y que estaba relacionada con problemas psíquicos. Y fue al psicólogo. A la quinta sesión, el médico le pidió que no volviera más, que él allí no hacía nada.

Ahora que ya saben que Aliou tiene sensibilidad química múltiple, él y Violeta han tenido que modificar muchas costumbres del día a día. No pueden utilizar ningún producto que contenga químicos: el champú, el dentífrico, el detergente, el suavizante, la colonia, las cremas o el papel del váter que utilizaban hasta ahora los han tenido que sustituir por productos totalmente naturales. Si no, a Aliou le coge taquicardia. También han tenido que cambiar el colchón. Y nada de comer fritos o de beber agua del grifo. El móvil, siempre que sea posible, apagado. Aliou y, de rebote, Violeta y Rita, están forzados a vivir en un ambiente 100% natural.

Violeta se lo toma con humor. Desde el primer día, ha apoyado a Aliou. Nunca ha dudado de él.

Es una suerte. Aliou conoce a otros enfermos que han tenido de luchar contra el desconocimiento de los amigos y la familia, que los han tildado de excesivos y escrupulosos. Es una impotencia muy grande. Aliou se considera afortunado, porque ha sabido el diagnóstico en pocos meses. La mayoría de pacientes tienen que peregrinar durante años de consulta en consulta. Hay pocos médicos en el país que sepan diagnosticar la enfermedad. Según dicen, es porque no hay demasiadas ayudas del Estado ni se investiga suficiente.

Lo que más preocupa a Aliou últimamente es su vida laboral. Los médicos le han dicho que algunas temporadas podrá trabajar, pero que otras tendrá que estar de baja. El malestar emocional y la pérdida de confianza le viene de ahí: ¿cómo se va a ganar la vida, en estas circunstancias? ¿Qué empresa querrá contratar a un trabajador que quizás se pasa la mitad del año de baja? Los de Les Punxes, de momento, no se han pronunciado, pero el tiempo corre y Aliou necesita tener seguridad económica, y más ahora que ha nacido Rita y los gastos se incrementan. Violeta, como siempre, le transmite tranquilidad: “Con mi sueldo podemos vivir los tres, ¿no ves que no tenemos que pagar alquiler?” Pero Aliou está intranquilo y, por eso, ha echado una solicitud para que se le reconozca una invalidez derivada del trabajo.

Aliou detiene su paseo para oler el romero y la lavanda. Se pone una ramita en la boca. Es una suerte, piensa, que ninguna de estas plantas le produzca una reacción adversa. Cuando Rita camine, la llevará a la fuente de la Budellera, que es su rincón favorito del parque, y le enseñará a

distinguir pinos, robles, encinas y olmos, que es lo que más abunda. “Se sabrá de memoria todas las plantas, árboles y pájaros que viven aquí.”

Levanta los ojos y ve, doscientos metros más allá, un par de jardineros trabajando en un parterre. Han pulverizado a conciencia unas plantas de flores rojas. “Deben de tener alguna plaga”. Siente curiosidad por acercarse y comprobarlo, pero sabe que, si lo hace, después se encontrará mal. Se nota que los jardineros han recibido formación e información sobre fitosanitarios, piensa Aliou mientras los mira, porque llevan mascarilla, guantes, botas y ropa de manga larga. Él, en cambio, cuando trabajaba en Les Punxes, iba con pantalones cortos y camiseta de tirantes. Y, los días que hacía más calor, con chanclas de piscina. Se ponía, eso sí, una gorra para no coger una insolación. Los jardineros, ajenos a la mirada de Aliou, han señalizado la zona donde se ha aplicado el tratamiento químico para que los peatones no se acerquen. Lo deben de haber hecho por la mañana, a primera hora; según le explicó Samuel, en Les Punxes ahora también lo hacen así.

El médico de la mutua fue muy claro: “El desencadenante de la enfermedad suele ser la exposición a productos tóxicos. Pueden ser insecticidas, fitosanitarios, pinturas, disolventes, productos de limpieza, cosméticos, etc. La mayoría de los artículos que utilizamos diariamente llevan químicos. Entran en el cuerpo a través de los pulmones, de la piel o del aparato digestivo. Al no llevar mascarilla, en tu caso deben de haber entrado por los pulmones”. A los jardineros que están ahora mismo trabajando en el parque, difícilmente les pasará eso. Van bien protegidos.



Aliou mira el reloj. Hace cincuenta minutos que ha salido de casa. Sin prisas, emprende el camino de vuelta. Piensa dónde puede haber una tienda de ropa para bebés para comprarle una gorra a Rita. Quiere que sea roja. El rojo le quedará muy bien. La gorra que él se ponía en Les Punxes también era roja. Se la regaló Samuel. La próxima vez que hable con él, le pedirá que se la traiga. Le hace ilusión tenerla.

A medida que se va acercando a la plaza Karl Marx, el rumor de los coches se hace más intenso. Aliou se pone en alerta. Los vehículos, el asfalto, los humos, el ruido..., es un medio hostil para una persona con sensibilidad química. Se saca del bolsillo una mascarilla y se la pone. No le gusta hacerlo, porque atrae las miradas de la

gente. Pero es mejor eso que inhalar humos tóxicos y encontrarse mal. “Entre las gafas de sol y la mascarilla, deben de pensar que estoy loco.”

Atraviesa el ruido de la ronda y gira, a mano izquierda, por un callejón. Allí hay una tienda para niños. Se llama “La redonda”. No es muy grande, pero tienen de todo. Ha ido un par de veces con Violeta. La chica de la tienda, que es muy agradable, les explicó que el círculo es la primera figura geométrica que distinguen los niños pequeños.

Aliou tarda diez minutos en escoger una gorra roja para Rita. Cuando llegue a casa, lo primero que hará será probársela, hacerle una foto y enviarla por correo electrónico a su familia de Ziguinchor. Y también hará una copia a papel para Samuel. Para que la tenga en el comedor o colgada en la nevera con un imán.

Antes de subir a casa, Aliou se para en una frutería que no había visto nunca. Según indica el letrero, todo el género que tienen es ecológico y de proximidad. A Aliou le llaman la atención las fresas. Conoce bien el género. Nada más verlas, sabe que son buenas. “Son de aquí, del Maresme”, suelta la frutera. “Pruebe una, si quiere. Ya verá qué buenas. Ahora que es temporada de fresas, vale la pena comerlas. Tienen mucha fibra, y vitamina C y E. Van bien para todo. Y no engordan. Aunque está claro que a usted no le sobran muchos gramos.” “Pues póngame un kilo.”

Mientras coloca la llave en la cerradura, intenta imaginarse la cara que pondrá Violeta cuando le vea llegar con las fresas. “Se tendrá que pellizcar dos veces para creérselo.” Junto al ascensor,

saluda a la mujer que limpia, que está fregando la escalera. Ahora hacía meses que no se veían. Siempre que coinciden, conversan un rato. Pero hoy Aliou sólo le dice hola. Suelta un sobrio “hola” y un conciso “¿cómo va?”, y se despide muy rápidamente. Justo ahora, la mujer de la limpieza está fregando la escalera con lejía, y la lejía irrita las mucosas de Aliou y le provoca tos. En la próxima reunión de vecinos, Aliou tiene pensado explicar a todos los inquilinos lo que le pasa y les pedirá cambiar los productos químicos de limpieza por otros ecológicos. En el fondo, la medida beneficiará a todo el mundo, no sólo a él. Y, aunque haya un poco de diferencia de precio, el gasto es perfectamente asumible.

Cuando Aliou entra en casa, se encuentra a Violeta y su suegra conversando en voz baja. Rita mama y no quieren molestarla. La escena le conmueve. Y más todavía cuando Mariola se levanta para recibirlo.

—Alí, guapo, ya has vuelto.

Mariola todavía no sabe pronunciar bien el nombre de su yerno. Él ya está acostumbrado, pero a Violeta se le escapa la risa cada vez que lo oye. Aliou se acerca para dar un beso a Violeta, pero antes se para, perplejo, y contempla a Rita. La niña está concentrada succionando el pezón de su madre. El pezón de Violeta es clavado a una fresa, observa Aliou. No se había dado cuenta hasta ahora. Entonces saca la bolsa de las fresas. Violeta sonrío ampliamente.

—¿Qué es eso? ¡Si son fresas!

—Pero no sé si nos queda nata.

—Aliou, ¿por qué lo has hecho?

—Lo sabes perfectamente: la fresa no cansa. El plátano, en cambio, empalaga. Y el melón también. Pero la fresa no. La fresa es perfecta.

Mientras Violeta las prueba, Aliou coloca la gorra roja a su hija, que sigue enganchada como una grapa al pecho de la madre.

—Mama, ¿por qué no nos hacemos una foto ahora que estamos todos?

—Ya os la hago yo. Hace días que no voy a la peluquería y prefiero no salir.

En la fotografía que Samuel tiene colgada en la nevera, se ve a Rita entre sus padres. Lleva una gorrita roja y sonríe. Aliou y Violeta, en cambio, salen haciendo muecas. Mariola disparó justo en el momento que sostenían una fresa entre los dedos y que decían “¡Luis!” a la cámara.





Secretaria de Política Sindical – Salut Laboral
Rambla del Raval 29-35, 08001 Barcelona
Tel. **93 304 68 33**
otprl@catalunya.ugt.org
www.ugt.cat



Financiado por:

